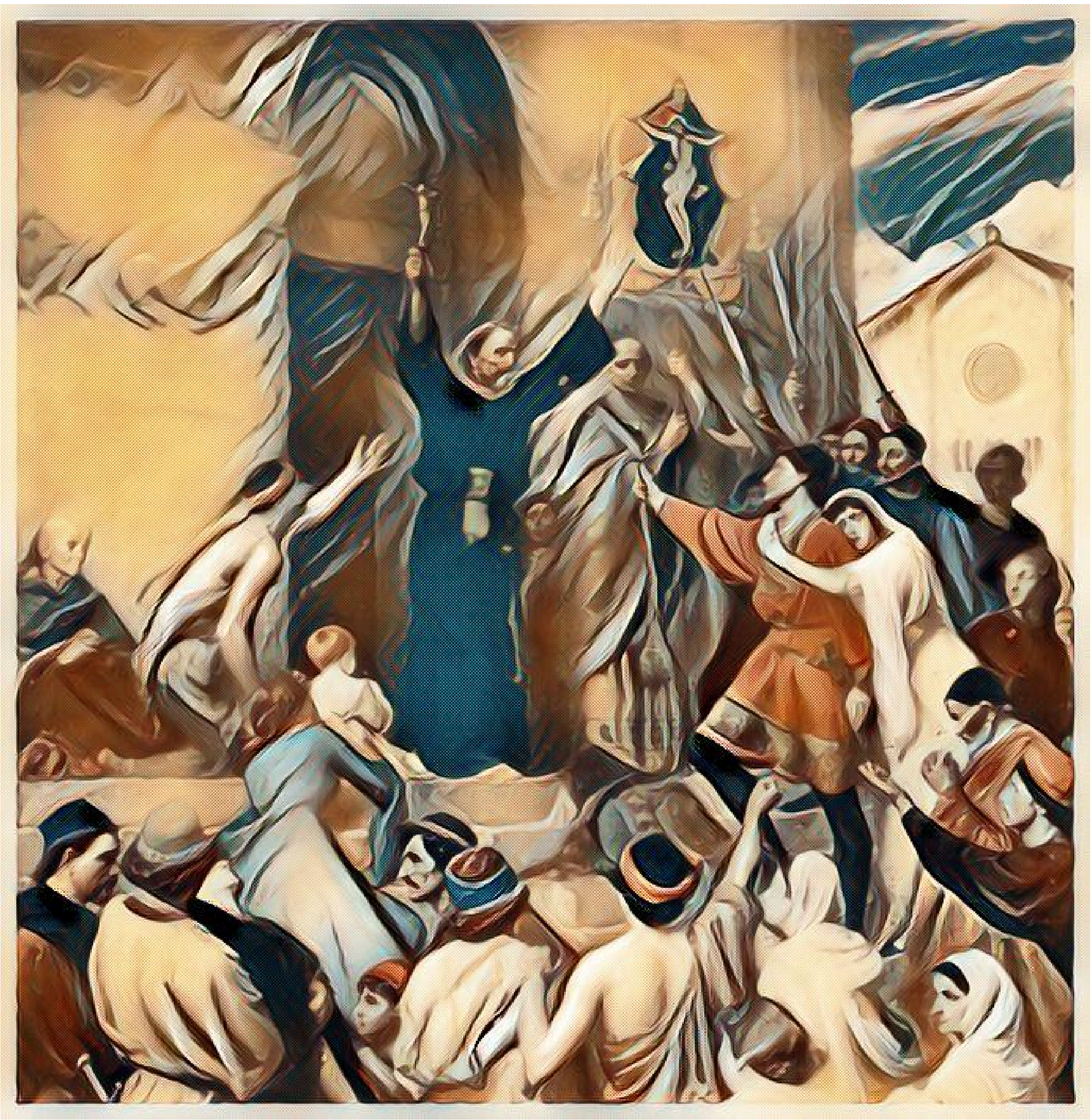
# Pedro el Ermitaño
# y la Cruzada de los Pobres

## El preludio de la Primera Cruzada



## 1. Pedro el Ermitaño: La versión de Guibert de Nogent

*Guilbert, abad de Nogent, fué una figura destacada en la historia intelectual y literaria a principios del siglo XII, narró exhaustivamente diversos acontecimientos y condiciones de su propia vida y de su época.Guilbert, que una vez vio a Pedro, lo caracteriza aquí de una manera típica de varios predicadores errantes de finales del siglo XI y principios del XII.*

Por lo tanto, mientras los príncipes, que sentían la necesidad de muchos gastos y grandes servicios de sus asistentes, hacían sus preparativos lenta y cuidadosamente, el pueblo llano, que tenía pocas propiedades, pero era muy numeroso, se unió a un tal Pedro el Ermitaño, y le obedeció como a un maestro mientras estos asuntos se desarrollaban entre nosotros.

Era, si no me equivoco, de la ciudad de Amiens, y hemos sabido que había vivido como ermitaño, vestido de monje, en algún lugar de la Alta Galia. Después de haber partido de allí -no sé con qué intención-, le vimos recorrer las ciudades y pueblos con la pretensión de predicar. Estaba rodeado de una multitud tan grande de gente, recibía regalos tan enormes, su santidad era tan alabada, que nadie que yo recuerde ha recibido tanto honor.

Fue muy liberal en la distribución a los pobres de lo que había recibido. Restituyó prostitutas a sus maridos con regalos. Por su maravillosa autoridad restableció en todas partes la paz y la concordia, en lugar de la discordia. Porque en todo lo que hacía o decía parecía como si hubiera algo divino, especialmente cuando le arrancaban los pelos de su mula como reliquias. No informamos de esto último como una certeza, sino que lo hacemos para la gente común que ama las novedades. Vestía una camisa de lana y sobre ella un manto que le llegaba hasta los tobillos; llevaba los brazos y los pies desnudos. Se alimentaba de vino y pescado; casi nunca, o nunca, comía pan.

**2 . Pedro el Ermitaño: La versión de Alberto de Aquisgrán**

*Alberto fue canónigo en Aix-la-Chapelle (Aquisgrán) a mediados del siglo XII. No participó en la cruzada ni visitó Oriente; redactó su crónica, que narra la Primera Cruzada y el establecimiento del Reino de Jerusalén hasta el año 1120, a partir de testigos vivos y otras fuentes literarias, pero no utilizó la Gesta Francorum ni la obra de Fulcher de Chartres. Estudiosos han sugerido que Alberto pudo haber tenido acceso a la «Crónica de Lorena» de la cruzada, hoy perdida, que coincidía con el énfasis septentrional francés de Fulcher de Chartres, el énfasis provinciano de Raymond de Aguilers y el énfasis normando del sur de Italia de la Gesta Francorum.*

Había un sacerdote, Pedro de nombre, antiguamente ermitaño. Nació en la ciudad de Amiens, que está en la parte occidental del reino de los francos, y fue nombrado predicador en Berri, en dicho reino. En cada admonición y sermón, con toda la persuasión de que era capaz, instaba a emprender el viaje lo antes posible. En respuesta a su constante admonición y llamada, obispos, abades, clérigos y monjes se pusieron en camino; después, laicos muy nobles y príncipes de los diferentes reinos; luego, todo el pueblo llano, tanto los castos como los pecadores, adúlteros, homicidas, ladrones, mentirosos y ladrones; de hecho, todas las clases de la profesión cristiana, más aún, también las mujeres y aquellos influenciados por el espíritu de penitencia, todos se embarcaron alegremente en esta expedición …

En el año de la Encarnación del Señor, 1096, en la cuarta Indicción, en el año decimotercero del reinado de Enrique IV, tercer augusto Emperador de los Romanos[1], y en el año cuadragésimo tercero del Imperio, en el reinado del Papa Urbano II., antes Odoardo, el octavo día de marzo, Walter, apodado el Despreciable, conocido soldado, partió, como resultado de la predicación de Pedro el Ermitaño, con una gran compañía de soldados de a pie francos y sólo unos ocho caballeros. Al comienzo del viaje a Jerusalén entró en el reino de Hungría. Cuando el señor Colomán, cristianísimo rey de Hungría, conoció su intención y el motivo de su viaje, y lo recibió amablemente y le concedió un tránsito pacífico por todo el reino, y permiso para comerciar. Y así, sin ofender y sin ser atacado, partió hasta Belgrado, ciudad búlgara, pasando a *Malevilla*, donde terminan los dominios del rey de Hungría. Desde allí cruzó pacíficamente el río Morava.

Pero dieciséis de la compañía de Walter permanecieron en *Malevilla* para comprar armas. Walter lo ignoraba, pues había cruzado mucho antes. Entonces algunos húngaros de mente perversa, viendo la ausencia de Walter y su ejército, echaron mano de aquellos dieciséis y les robaron armas, vestidos, oro y plata, y así los dejaron partir, desnudos y con las manos vacías. Entonces estos angustiados peregrinos, privados de armas y otras cosas, se apresuraron en su camino hacia Belgrado, que ya se ha mencionado antes, donde Walter con toda su banda había levantado tiendas para acampar. Le informaron de la desgracia que les había ocurrido, pero Walter lo oyó con ecuanimidad, porque tardaría demasiado en volver para vengarse.

La misma noche en que aquellos camaradas fueron recibidos, desnudos y con las manos vacías, Walter intentó comprar lo estrictamente necesario a un jefe de los búlgaros y al magistrado de la ciudad; pero estos hombres, considerándolos espías, les prohibieron venderles nada. Walter y sus compañeros, muy enfadados, comenzaron a apoderarse por la

[1] Sacro imperio Romano

fuerza de los rebaños de vacas y ovejas que vagaban por los campos en busca de pastos. A consecuencia de ello, se produjo una grave lucha entre los búlgaros y los peregrinos que se llevaban los rebaños, y llegaron a las manos. Sin embargo, mientras la fuerza de los búlgaros crecía hasta los ciento cuarenta, parte del ejército peregrino, aislado de la multitud de sus compañeros, llegó huyendo a una capilla. Pero los búlgaros, cuyo ejército crecía en número, mientras la banda de Walter se debilitaba y toda su compañía se dispersaba, sitiaron la capilla y quemaron a sesenta de los que estaban dentro; a la mayoría de los demás, que escaparon del enemigo y de la capilla en defensa de sus vidas, los búlgaros les infligieron graves heridas.

Tras esta calamidad y la pérdida de su gente, y después de haber pasado ocho días como fugitivo en los bosques de Bulgaria, Walter, dejando a sus hombres dispersos por todas partes, se retiró a Nish, una ciudad muy rica en medio del reino búlgaro. Allí encontró al duque y príncipe del país y le informó de los daños y perjuicios que había sufrido. Obtuvo del duque justicia para todos; es más, en reconciliación, el duque le concedió armas y dinero, y el mismo señor de la tierra le concedió una conducta pacífica a través de las ciudades de Bulgaria, Sofía, Filipópolis y Adrianópolis, y también derecho de comercio.
Bajó con toda su banda hasta la ciudad imperial, Constantinopla, que es la capital de todo el imperio Griego. Y cuando llegó allí, con toda la seriedad posible y la petición más humilde imploró al mismo Señor Emperador permiso para demorarse pacíficamente en su reyno, con licencia para comprar lo necesario para vivir, hasta que tuviera como compañero a Pedro el Ermitaño, bajo cuya admonición y persuasión había comenzado este viaje. Y también rogó que, cuando las tropas estuvieran unidas, pudieran cruzar en naves el brazo de mar llamado Estrecho de San Jorge, y así podrían resistir con más seguridad a los escuadrones de los turcos y de los gentiles. El resultado fue que las peticiones hechas al Señor Emperador, Alejo de nombre, fueron concedidas.

No mucho después de estos acontecimientos, Pedro y su gran ejército, innumerable como las arenas del mar -un ejército que había reunido de los diversos reinos de las naciones de los francos, suevos, bávaros y lotharingios se dirigían a Jerusalén. Descendiendo en esa marcha hacia el reino de Hungría, él y su ejército acamparon ante la puerta de Oedenburg…

Pedro oyó este informe y, como los húngaros y los búlgaros eran correligionarios, se negó en redondo a creerles tan gran crimen, hasta que sus hombres, al llegar a *Malevilla*, vieron colgadas de los muros las armas y los despojos de los dieciséis compañeros de Walter que se habían quedado poco antes, y de quienes los húngaros se habían presumido traicioneramente de robar. Pero cuando Pedro reconoció el daño causado a sus hermanos, a la vista de sus armas y despojos, instó a sus compañeros a vengar sus agravios.
Éstos hicieron sonar la trompeta con fuerza y, con los estandartes en alto, se precipitaron hacia las murallas y atacaron al enemigo con una lluvia de flechas. En tan rápida sucesión y en tan increíble número las arrojaron a la cara de los que estaban en las murallas que los húngaros, incapaces de resistir la fuerza de los francos sitiadores, abandonaron las murallas, con la esperanza de que dentro de la ciudad podrían resistir la fuerza de los galos. Godofredo, apellidado Burel, oriundo de la ciudad de Etampes, maestro y portaestandarte de doscientos soldados de infantería, él mismo soldado de infantería y hombre de gran fuerza, al ver que los húngaros huían de las murallas, cruzó rápidamente las murallas por medio de una escalera que encontró por casualidad. Reinaldo de Broyes, un distinguido caballero, vestido con casco y cota de malla, subió justo después de Godofredo; pronto

todos los caballeros, así como los soldados de infantería, se apresuraron a entrar en la ciudad. Los húngaros, viendo su inminente peligro, reunieron siete mil hombres para defenderse y, tras atravesar otra puerta que daba al este, se apostaron en la cima de un elevado peñasco, más allá del cual fluía el Danubio, donde se fortificaron invenciblemente. Una gran parte de ellos no pudo escapar rápidamente por el estrecho paso y cayó ante la puerta. Algunos que esperaban encontrar refugio en la cima de la montaña fueron abatidos por los peregrinos que los perseguían; otros, arrojados de cabeza desde la cima de la montaña, fueron sepultados por las olas del Danubio, pero muchos escaparon en barca. Unos cuatro mil húngaros cayeron allí, pero sólo cien peregrinos, sin contar a los heridos, murieron en el mismo lugar.

Ganada esta victoria, Pedro permaneció con todos sus seguidores en la misma ciudadela cinco días, pues encontró allí abundancia de grano, rebaños de ovejas, manadas de vacas, abundante provisión de vino e infinidad de caballos. . . .

Cuando Pedro se enteró de la cólera del Rey y del formidable ejército que reunía, desertó de *Malevilla* con todos sus seguidores y planeó cruzar el Morava con todo el botín y los rebaños y manadas de caballos. Pero en toda la orilla encontró muy pocas barcas, sólo ciento cincuenta, en las que la gran multitud debía pasar rápidamente y escapar, no fuera que el Rey los alcanzara con una gran fuerza. Por eso, muchos de los que no podían cruzar en barcas intentaron hacerlo en balsas hechas atando palos con ramas. Pero empujados de un lado a otro en estas balsas sin timón, y a veces separados de sus compañeros, muchos perecieron atravesados por las flechas de los arcos de los Patzinaks[2], que habitaban Bulgaria. Al ver que sus hombres se ahogaban y morían, Pedro ordenó a los bávaros, a los alemanes y a los demás teutones que, con su promesa de obediencia, acudieran en ayuda de sus hermanos francos. Los llevaron a aquel lugar en siete balsas; luego hundieron siete pequeñas embarcaciones de los Patzinaks con sus ocupantes, pero sólo tomaron cautivos a siete hombres. Llevaron a estos siete cautivos a la presencia de Pedro y los mataron por orden suya.

Cuando hubo vengado así a sus hombres, Pedro cruzó el río Morava y entró en los grandes y espaciosos bosques de los búlgaros con provisiones de alimentos, con todo lo necesario y con el botín de Belgrado. Y tras una demora de ocho días en aquellos vastos bosques y pastos, él y sus seguidores se acercaron a Nish, una ciudad muy fuertemente fortificada con murallas. Después de cruzar el río ante la ciudad por un puente de piedra, ocuparon el campo, agradable por su verdor y extensión, y acamparon a orillas del río …

Pedro, obedeciendo el mandato del Emperador, avanzó desde la ciudad de Sofía y se retiró con toda su gente a la ciudad de Filipópolis.Cuando hubo relatado toda la historia de su desgracia a oídos de todos los ciudadanos griegos, recibió, en nombre de Jesús y con temor de Dios, muchísimos regalos para él. A continuación, al tercer día, se retiró a Adrianópolis, alegre y gozoso por la abundancia de todo lo necesario. Allí permaneció acampado fuera de las murallas de la ciudad sólo dos días, y se retiró después del amanecer del tercer día. Un segundo mensaje del Emperador le instaba a apresurar su marcha a Constantinopla, ya que, a causa de los informes sobre él, el Emperador ardía en deseos de ver a este mismo Pedro. Cuando llegaron a Constantinopla, el ejército de Pedro recibió la orden de acampar a cierta distancia de la ciudad, y se le concedió licencia para comerciar …

---

[2] Pechenegos: pueblo seminómada de las estepas de Asia Central que invadió, hacia el siglo IX, partes de Europa oriental y central, incluyendo Bulgaria, Hungría y Ucrania.

### 3. Pedro el Ermitaño: La versión de Guillermo de Tiro

*Guillermo, nacido en Tierra Santa de padres franceses, se educó en Siria y en Francia. Regresó a Jerusalén, donde fue arzobispo de Tiro y canciller del reino latino de Jerusalén. Escribió su crónica en el siglo XII, Es uno de los mayores historiadores cristianos, y su "Historia de los hechos ocurridos allende los mares" es una obra de gran valor.*

Un sacerdote llamado Pedro, procedente del reino de los francos y del obispado de Amiens, ermitaño tanto de hecho como de nombre, guiado por el mismo ardor, llegó a Jerusalén. Era pequeño de estatura y su apariencia externa era desdeñable, pero en su delgado cuerpo reinaba un gran valor. Su mirada era brillante y cautivadora, y hablaba con facilidad y elocuencia. Después de pagar el impuesto que se exigía a todos los cristianos que deseaban entrar, entró en la ciudad y fue hospedado por un hombre de confianza que también era confesor de Cristo. Interrogó diligentemente a su anfitrión, que era un hombre celoso, y aprendió de él no sólo los peligros existentes, sino también las persecuciones que sus antepasados habían sufrido mucho antes. Y si en lo que oía faltaba algún detalle, completaba el relato con el testimonio de sus propios ojos. Porque permaneciendo en la ciudad y visitando las iglesias se enteró más plenamente de la verdad de lo que otros le habían contado.

Oyendo también que el Patriarca de la ciudad era un hombre piadoso y temeroso de Dios, deseó conferenciar con él y aprender más plenamente de él la verdad sobre algunos asuntos. De acuerdo con ello, fue a verle, y habiendo sido presentado por un hombre de confianza, tanto él como el Patriarca disfrutaron mutuamente de sus conferencias. El Patriarca se llamaba Simeón. Como supo por la conversación de Pedro que éste era prudente, capaz y elocuente, y un hombre de gran experiencia, comenzó a revelarle más confidencialmente todos los males que el pueblo de Dios había sufrido mientras moraba en Jerusalén.

A lo que Pedro respondió: «Puedes estar seguro, santo Padre, de que si la iglesia romana y los príncipes de Occidente se enteraran por un testigo celoso y fidedigno de las calamidades que sufrís, no cabe la menor duda de que se apresuraran a remediar el mal, tanto con palabras como con obras. Escribidles con celo tanto al señor Papa y a la Iglesia romana como a los reyes y príncipes de Occidente, y confirmad vuestra carta con la autoridad de vuestro sello. Yo, en verdad, por la salvación de mi alma, no dudo en emprender esta tarea. Y estoy dispuesto, bajo la guía de Dios, a visitarlos a todos, a exhortarlos a todos, a informarles celosamente de la grandeza de vuestros sufrimientos y a exhortarlos a que se apresuren a socorreros.»

En verdad eres grande, Señor Dios nuestro, y tu misericordia no tiene fin. En verdad, bendito Jesús, los que confían en Ti no serán confundidos. ¿Cómo pudo este pobre peregrino, desprovisto de todo recurso y lejos de su tierra natal, tener tanta confianza para atreverse a emprender una empresa tan superior a sus fuerzas y esperar cumplir su voto, a no ser que volviera todos sus pensamientos a Ti, su protector, y lleno de caridad, compadeciéndose de las desgracias de sus hermanos, amando a su prójimo como a sí mismo, se contentara con cumplir la ley? Lo que prescribían sus hermanos podía parecer difícil e incluso imposible, pero el amor a Dios y al prójimo se lo facilitó, pues el amor es fuerte como la muerte. La fe que obra por el amor es eficaz contigo, y las buenas obras cerca de Ti no quedan sin fruto. Por eso no permitiste que Tu siervo permaneciera mucho

tiempo en la duda. Te manifestaste a él. Le fortaleciste con Tu revelación para que no dudara, e insuflándole Tu espíritu oculto, le hiciste levantarse con mayor fuerza para cumplir la obra de caridad.

Así pues, tras realizar las oraciones habituales, despedirse del señor Patriarca y recibir su bendición, se dirigió a la costa. Allí encontró una embarcación de unos mercaderes que se disponían a cruzar a Apulia. Subió a bordo y, tras una exitosa travesía, llegó a Bari. Desde allí se dirigió a Roma y encontró al Papa Urbano en las cercanías. Presentó las cartas del Patriarca y de los cristianos que vivían en Jerusalén, y mostró su miseria y las abominaciones que las razas inmundas cometían en los santos lugares. De este modo, cumplió fiel y prudentemente el encargo que se le había confiado.

### 4. Folcmar y Gottschalk en Hungría: La versión de Alberto de Aquisgrán

No mucho tiempo después del paso de Pedro, cierto sacerdote llamado Gottschalk, de raza teutona, habitante de la región del Rin, inflamado por la predicación de Pedro con el amor y el deseo de ese mismo viaje a Jerusalén, por su propia predicación incitó igualmente los corazones de muchas gentes de diversas naciones a emprender ese viaje. Reunió en las diversas regiones de Lorena, Francia oriental, Baviera y Alemania a más de quince mil militares y soldados rasos que, habiendo reunido una cantidad indecible de dinero y otros artículos de primera necesidad, prosiguieron su camino pacíficamente hasta el reino de Hungría.

Cuando llegaron a la puerta de Wieselbzq y a su fortaleza, fueron honorablemente recibidos por el favor del rey Coloman. Asimismo, se les concedió permiso para comprar los artículos de primera necesidad, y se ordenó la paz a ambas partes por orden del rey, para que no se produjera ningún estallido a causa de un ejército tan numeroso. Pero como se demoraron allí varios días, empezaron a vagabundear, y los bávaros y los suevos, gentes animosas, junto con otras personas irreflexivas, bebieron más de la cuenta y violaron la paz que se había ordenado. Poco a poco arrebataron a los húngaros el vino, el grano y todos los demás artículos de primera necesidad; finalmente, devastaron los campos, robando ovejas y ganado, y destruyendo también a los que se resistían o querían expulsarlos. Como gente ruda, de modales groseros, indisciplinados y altaneros, cometieron muchos otros crímenes, los cuales no podemos relatar. Según cuentan algunos de los que estuvieron presentes, atravesaron con una estaca el cuerpo de un joven húngaro en la plaza del mercado. Las quejas sobre este asunto y sobre otros males llegaron a oídos del Rey y de sus propios líderes …

Cuando Gottschalk y los otros hombres sensatos oyeron esto, confiaron de buena fe en estas palabras, y también porque los húngaros eran de profesión cristiana, aconsejaron a toda la asamblea que entregaran sus armas en satisfacción al Rey, de acuerdo con este mandato. Así todo volvería a la paz y a la concordia ...

Y sin embargo, cuando todas sus armas hubieron sido puestas bajo llave, los húngaros demostraron ser falsos en cuanto a toda la fe y clemencia que habían prometido que el Rey mostraría al pueblo; es más, cayeron sobre ellos con crueles matanzas, redujeron a los indefensos y desarmados e infligieron sobre ellos espantosas matanzas, hasta tal punto (como afirman en verdad los que estuvieron presentes y apenas escaparon) que toda la llanura de Belgrado estaba llena de los cuerpos de los asesinados y cubierta de su sangre. Pocos escaparon de aquel martirio.

## 5. Folcmar y Gottschalk en Hungría: La versión de Ekkehard de Aura

Ahora, como se ha dicho, una banda siguió a Folcmar a través de Bohemia. En la ciudad de Neitra, en Panonia, tuvo lugar un levantamiento, en el que una parte fue asesinada y otra fue hecha prisionera, mientras que los pocos supervivientes solían testificar que la señal de la cruz, aparecida en los cielos sobre ellos, los libró de una muerte inminente.

Entonces Gottschalk, no un verdadero, sino un falso siervo de Dios, entró en Hungría con sus seguidores, y eso no sin daño a Noricum Oriental. Luego, bajo una asombrosa demostración de falsa piedad, fortificó cierta ciudad situada en una altura y colocó allí una guarnición y comenzó, con el resto de su compañía, a asolar Panonia alrededor. Esta ciudad, por cierto, fue capturada por los nativos sin demora, y un gran número de la banda fue muerto o hecho prisionero, el resto se dispersó, y el mismo Gottschalk, un mercenario, no el pastor del rebaño, fue expulsado de allí en desgracia.

**6. El fin de la «Cruzada del Pueblo»: La versión de Anna Comnena**

*Anna Comnena, hija del emperador Bizantino Alejo I, escribió la historia del reinado de su padre en las décadas de 1130 y 1140. Sus recuerdos de los cruzados en Constantinopla se remontan a la época en que tenía trece años, aunque los completó en gran medida con documentos de los archivos imperiales, a los que tuvo acceso, y con conversaciones con miembros del séquito de su padre.*

... Además, Alejo no había descansado aún, o muy poco, de sus trabajos cuando oyó rumores de la llegada de innumerables ejércitos francos. Temía las incursiones de esta gente, pues ya había experimentado la furia salvaje de sus ataques, su inconstancia mental y su disposición a atacar cualquier cosa con violencia …

Y, por último, tenía siempre presente esta información, a menudo repetida y muy cierta: que eran conocidos por ser siempre inmoderadamente codiciosos de todo lo que buscaban y por romper muy fácilmente, por cualquier razón, los tratados que habían hecho. En consecuencia, no se permitió ningún descanso, sino que preparó sus fuerzas en todos los sentidos, de modo que cuando se presentara la ocasión, estuviese listo para la batalla. Porque era un asunto mayor y más terrible que la hambruna de la que se informaba entonces. En efecto, todo el Occidente, y toda la tierra de los pueblos bárbaros que se extiende más allá del mar Adriático hasta las Columnas de Hércules, todo esto, cambiando de asiento, irrumpía en Asia en una masa sólida, con todas sus pertenencias, emprendiendo su marcha a través de la porción intermedia de Europa.

Cierto galo, de nombre Pedro, apodado Kuku-Pedro, había partido de su casa para adorar el Santo Sepulcro. Después de sufrir muchos peligros y agravios por parte de los turcos y sarracenos, que asolaban toda Asia, se volvió a su patria con gran pesar. No podía soportar verse así apartado de su proyectada peregrinación y tenía la intención de emprenderla por segunda vez …

Después de que Pedro promoviera la expedición, él, con 80.000 soldados de infantería y 100.000 caballeros, fue el primero de todos en cruzar el estrecho de Lombardía. Luego, atravesando el territorio de Hungría, llegó a la ciudad reina. Porque, como cualquiera puede conjeturar por el resultado, la raza de los galos no sólo es muy apasionada e impetuosa en otros aspectos, sino que, además, cuando se ve urgida por un impulso, no puede ser frenada después. Nuestro Emperador, consciente de lo que Pedro había sufrido antes por parte de los turcos, le instó a esperar la llegada de los demás condes.

## 7. El fin de la «Cruzada del Pueblo»: La versión de la Gesta Francorum

Pero el mencionado Pedro fue el primero en llegar a Constantinopla, en las calendas de agosto, y con él iba una hueste muy numerosa de alemanes. Allí encontró reunidos a lombardos, longobardos y muchos otros. El Emperador había ordenado que se diera a esta gente un mercado como el que había en la ciudad. Y les dijo: «No crucéis el Estrecho hasta que haya llegado la hueste principal de los cristianos, pues no sois tan fuertes como para poder presentar batalla a los turcos.» Los cristianos se comportaron mal, ya que derribaron e incendiaron edificios de la ciudad y se llevaron el plomo con el que estaban construidas las iglesias y lo vendieron a los griegos, por lo que el emperador se enfureció y les ordenó cruzar el Estrecho. Una vez cruzado, no dejaron de hacer todo tipo de maldades, quemando y hundiendo casas e iglesias. Al final llegaron a Nicomeda, donde los lombardos y longobardos y Alemanes se separaron de los Francos porque los Francos estaban constantemente hinchados de arrogancia. Los lombardos y longobardos eligieron sobre sí mismos a un líder llamado Reinaldo. Los alemanes hicieron lo mismo. Entraron en *Romania* y avanzaron durante cuatro días más allá de la ciudad de Nicea. Encontraron una fortaleza, llamada *Xerogord*, que estaba vacía de gente, y se apoderaron de ella. En ella encontraron una gran cantidad de grano, vino y carne, así como abundantes mercancías. Los turcos, al enterarse de que los cristianos estaban en dicha fortaleza, fueron a sitiarla. Ante la puerta de la fortaleza había una cisterna, y al pie de la fortaleza había una fuente de agua corriente, cerca de la cual Reinaldo salió para atrapar a los turcos. Pero los turcos, que llegaron el día de la Dedicación de San Miguel, encontraron a Reinaldo y a los que estaban con él y mataron a muchos de ellos. Los que quedaron con vida huyeron a la fortaleza, que los turcos sitiaron inmediatamente, privándoles así de agua. Nuestra gente estaba tan angustiada por la sed que desangraron a sus caballos y asnos y bebieron la sangre; otros dejaron caer sus fajas y pañuelos en la cisterna y exprimieron el agua de ellos en sus bocas; algunos orinaron en las manos ahuecadas de otros y bebieron; y otros cavaron la tierra húmeda y se acostaron sobre sus espaldas y extendieron la tierra sobre sus pechos para aliviar la excesiva sequedad de la sed. Los obispos y sacerdotes, por cierto, continuaron consolando a nuestro pueblo, y amonestándolo a no ceder, diciendo: «Estad en todo lugar firmes en la fe de Cristo, y no temáis a los que os persiguen, como dice el Señor: "No temáis a los que adormecen el cuerpo, pero no son capaces de matar el alma". «Esta angustia duró ocho días. Entonces, el señor de los alemanes llegó a un acuerdo con los turcos para entregarles a sus compañeros; y, fingiendo salir a luchar, huyó hacia ellos, y muchos con él. Sin embargo, los que no estaban dispuestos a negar al Señor recibieron la sentencia de muerte; algunos, a los que cogieron vivos, se los repartieron entre ellos, como ovejas; a otros los pusieron como blanco y les dispararon flechas; a otros los vendieron y regalaron, como animales. A unos los llevaban cautivos a su propia casa, a otros a Corosán, a otros a Antioquía, a otros a Alepo, o donde ellos mismos vivieran. Estos fueron los primeros en recibir un feliz martirio en el nombre del Señor Jesús.

A continuación, los turcos, al oír que Pedro el Ermitaño y Walter el Despreciable estaban en *Civitote*, que se encuentra sobre la ciudad de Nicea, fueron allí con gran alegría para darles muerte a ellos y a los que estaban con ellos. Y cuando hubieron llegado, encontraron a Walter con sus hombres, a quienes los turcos no tardaron en matar. Pero Pedro el Ermitaño se había marchado poco antes a Constantinopla porque era incapaz de contener a aquella variada hueste, que no estaba dispuesta a escucharle ni a él ni a sus palabras. Los turcos, en efecto, se abalanzaron sobre aquella gente y mataron a muchos de ellos. A algunos los encontraron durmiendo, a otros tumbados, a otros desnudos, a todos

los mataron. Entre ellos encontraron a un sacerdote celebrando misa, al que martirizaron en el altar. Los que pudieron escapar huyeron a *Civitote*; otros se arrojaron de cabeza al mar, mientras que algunos se escondieron en los bosques y las montañas. Pero los turcos, persiguiéndolos hasta la fortaleza, recogieron leña para quemarlos junto con el fuerte. Los cristianos que estaban en la fortaleza prendieron fuego a la leña que habían recogido, y el fuego, volviéndose en dirección a los turcos, incineró a algunos de ellos; pero del fuego libró el Señor a nuestro pueblo en aquel momento. No obstante, los turcos los cogieron vivos y los dividieron, como habían hecho con los demás, y los esparcieron por todas estas regiones, unos a Corosán y otros a Persia. Todo esto sucedió en el mes de octubre. El Emperador, al enterarse de que los turcos habían dispersado así a nuestro pueblo, se enorgulleció y envió a buscarlos (a los turcos[3]) y les hizo cruzar el Estrecho. Después de que cruzaron, adquirió todas sus armas ...

[3] Vista la versión de Alberto de Aquisgrán, se trata probablemente de Turcopolos al servicio de Bizancio enviados a defender a los Francos

**8. El fin de la «Cruzada del Pueblo»: La versión de Alberto de Aquisgrán**

El Emperador se compadeció al oír esta humilde narración y ordenó que se le dieran a Pedro doscientos besantes de oro; de ese dinero, que se llamaba tartarón, desembolsó una medida para su ejército. Después de esto, Pedro se retiró de la conferencia y del palacio del Emperador. Aunque bajo la amable protección del Emperador, descansó sólo cinco días en los campos y tierras cercanos a Constantinopla, donde también había acampado Walter el Despreciable. Convertidos en compañeros desde ese mismo día, allí reunieron sus tropas, armas y todas las provisiones necesarias. Al cabo de cinco días, trasladaron sus tiendas y, con la ayuda del emperador, cruzaron en barco el estrecho de San Jorge. Entraron en los confines de Capadocia, avanzaron por terreno montañoso hasta Nicomedia y allí pasaron la noche. Después acamparon en el puerto de *Civitote*. Allí los mercaderes traían constantemente barcos cargados de provisiones de vino, maíz, aceite y cebada, y con abundancia de queso, vendiéndolo todo a los peregrinos con justa medida.

Mientras se regocijaban en esta abundancia de necesidades y descansaban sus cansados cuerpos, llegaron mensajeros del emperador más cristiano. Debido al peligro de emboscadas y ataques de los turcos, prohibieron a Pedro y a todo su ejército marchar hacia la región montañosa de la ciudad de Nicea, hasta que un mayor número de cristianos se uniese. Pedro escuchó el mensaje, y él con todo el pueblo cristiano asintió al consejo del Emperador. Permanecieron allí durante dos meses, festejando en paz y alegría, y durmiendo a salvo de todo ataque hostil.

Y así, dos meses más tarde, habiéndose vuelto libertinos y desenfrenados a causa de la holgura y la inestimable riqueza de sus riquezas, de la facilidad y de la inestimable abundancia de alimentos, sin seguir la voz de Pedro, sino contra su voluntad, penetraron en la región de la ciudad de Nicea y en los dominios de Solimán. Tomaron como botín ganado vacuno, ovejas, cabras, los rebaños de los siervos griegos de los turcos, y se los llevaron a sus compañeros. Pedro, al ver esto, se entristeció de corazón, sabiendo que no lo hacían impunemente, por lo que les amonestó a menudo para que no se apoderasen de más botín en contra del consejo del Emperador, pero en vano habló a un pueblo insensato y rebelde…

Pero los teutones, viendo que las cosas les iban tan bien a los romanos y a los francos, y que volvían tantas veces con su botín, se encendieron en un deseo desmesurado de saqueo. Se reunieron unos tres mil soldados de infantería y unos doscientos caballeros…

Y así, después de haber capturado la fortaleza y expulsado a sus habitantes, se regocijaron por la abundancia de alimentos que encontraron allí. Y exultantes por aquella victoria, pensaron a su vez que, permaneciendo en aquella fortaleza, podrían obtener fácilmente, mediante su propio valor, las tierras y el principado de Solimán; que reunirían de todas partes botín y alimentos, y así podrían debilitar fácilmente a Solimán, hasta que se acercara el prometido ejército de los grandes jefes. Solimán, el líder y jefe del ejército de los turcos, habiendo oído de la llegada de los cristianos, y de su saqueo y botín, reunió de toda Romania y del territorio de Corosán quince mil de sus turcos, arqueros muy ágiles, muy hábiles en el uso de arcos de cuerno y hueso ... A continuación, se dice, que después del amanecer del tercer día, Solimán con sus seguidores llegó desde Nicea a la fortaleza que los teutones habían invadido …

Por lo tanto, los turcos, incapaces de expulsar a los alemanes con este asalto y lluvia de flechas, reunieron todo tipo de madera en la misma puerta del bosque. Le prendieron fuego y quemaron la puerta y muchos edificios que estaban dentro de la ciudadela. A medida que aumentaba el calor de las llamas, algunos morían abrasados; otros, con la esperanza de ponerse a salvo, saltaban desde las murallas. Pero los turcos que estaban fuera de los muros mataron a espada a los que huían y se llevaron cautivos a unos doscientos de aspecto agradable y cuerpo joven; a todos los demás los destruyeron a espada y flecha ...

Mientras tanto, se descubrió la verdad y surgió un tumulto entre el pueblo. Los soldados de infantería acudieron en masa a Reinaldo de Broyes, a Walter el Despreciable, también a Walter de Breteuil y a Folker de Orleans, que eran los líderes del ejército de Pedro, para instarles a que se levantaran en masa en defensa de sus hermanos y contra la audacia de los turcos. Pero se negaron rotundamente a ir sin la presencia y el consejo de Pedro. Entonces Godofredo Burel, jefe de los soldados de infantería, al oír su respuesta, afirmó que los tímidos de ninguna manera sirven tanto en la guerra como los audaces; y con palabras agudas reprochó con frecuencia a aquellos hombres que impidieron a sus otros compañeros perseguir a los turcos para vengar a sus hermanos. Por otra parte, los líderes de la legión, incapaces de soportar por más tiempo sus insultos y reproches, o los de sus propios seguidores, se sintieron profundamente conmovidos por la ira y la indignación y prometieron que irían contra la fuerza y las artimañas de los turcos, incluso si ocurriera que murieran en la batalla.

Al amanecer del cuarto día, todos los caballeros y soldados de infantería de todo el campamento recibieron la orden de armarse, tocar las trompetas y reunirse para la batalla. Sólo los desarmados, los innumerables enfermos y las mujeres permanecieron en el campamento. Pero todos los hombres armados, hasta un número de 25.000 soldados de infantería y 500 caballeros con armadura, siguieron juntos su camino hacia Nicea, con el fin de vengar a sus hermanos provocando a Solimán y al resto de los turcos para que entablaran combate. Y así, divididos y armados en seis líneas de batalla, con estandartes en alto en cada una de ellas, avanzaron por la derecha y por la izquierda.

Fanfarroneando y gritando con vehemente tumulto y gran clamor, apenas habían avanzado por el mencionado bosque y región montañosa tres millas desde el puerto de Civitote, su lugar de parada, (estando Pedro ausente e ignorante de todo esto), cuando ¡he aquí! Solimán, con todos sus intolerables seguidores, entró en ese mismo bosque por el lado opuesto. Bajaba de la ciudad de Nicea para caer repentinamente sobre los galos acampados, con la intención de aniquilarlos y destruirlos a punta de espada, desprevenidos y sin preparación. Al oír que se acercaban y el violento clamor de los cristianos, se maravilló mucho de lo que significaba aquel tumulto, pues todo lo que habían decidido los cristianos le era desconocido. Averiguando en seguida que eran peregrinos, Soliman se dirigió a sus hombres de la siguiente manera: «He aquí que los francos, contra los que marchábamos, están cerca. Retirémonos del bosque y de los montes a la llanura, donde podremos combatir libremente con ellos y no encontrarán refugio». Así se hizo sin demora, a las órdenes de Solimán, y en profundo silencio se retiraron del bosque y las montañas.

Pero los francos, ignorantes de la aproximación de Solirnan, avanzaron desde el bosque y las montañas con gritos y fuertes clamores. Allí contemplaron por primera vez las líneas de batalla de Solimán en medio del campo, esperándoles para la batalla. Allí cayó Walter el Despreciable, atravesado por siete flechas que habían penetrado en su cota de

malla. Reinaldo de Broyes y Folker de Chartres, hombres de gran renombre en sus propias tierras, cayeron en el mismo martirio, destruidos por el enemigo, aunque no sin una gran matanza de turcos. Pero Walter de Breuteuil, hijo de Waleramnus, y Godofredo Burel, maestro de los soldados de infantería, después de haber huido entre zarzas y zarzas, se volvieron por el estrecho camino donde toda la banda, retirada de la batalla, se había reunido. Cuando se supo la huida y deserción de estos hombres, todos se volvieron en fuga, acelerando su curso hacia *Civitote* por la misma ruta por la que habían venido, pero con poca defensa contra el enemigo.

Y así, los turcos, regocijándose en el grato éxito de la victoria, fueron destrozando a la desdichada banda de peregrinos, a la que siguieron por una distancia de tres millas, matándolos incluso en el campamento de Pedro. Y entrando en las tiendas, destruían a espada a cuantos encontraban, débiles y enclenques, clérigos, monjes, ancianas, niños de pecho, personas de todas las edades. Se llevaron a Nicea dinero, vestidos, mulas, caballos y todos los objetos de valor, así como las tiendas mismas.

Pero sobre la orilla del mar, cerca de la citada Civitote, había una antigua fortaleza abandonada. Tres mil peregrinos huyeron hacia ella. Entraron en la fortaleza en ruinas con la esperanza de defenderse. Pero al no encontrar puertas ni otros obstáculos, ansiosos y privados de ayuda, amontonaron sus escudos a modo de puerta, junto con un enorme montón de rocas; y con lanzas, arcos de madera y hondas, se defendieron valientemente del enemigo. Pero los turcos, viendo que no lograban detener a los que estaban dentro, rodearon por todos lados la fortaleza, que no tenía techo. Apuntaban sus flechas hacia arriba para que, al caer del aire en forma de lluvia, golpearan los cuerpos de los cristianos encerrados, destruyendo a los pobres desgraciados; y para que todos los demás, a la vista de esto, se vieran obligados a rendirse. De este modo, se dice que muchos fueron heridos y muertos allí; pero el resto, temiendo un trato aún más cruel por parte del impío enemigo, no pudieron ser obligados a salir ni por la fuerza ni por las armas ...

El emperador se compadeció al enterarse por boca de Pedro del asedio y de la caída de sus hombres. Así que convocó a los turcopoles y a todas las naciones de su reino, y les ordenó que fueran a toda prisa a través del Estrecho en ayuda de los cristianos fugitivos y sitiados, y que expulsaran a los turcos asaltantes del asedio. Pero los turcos, enterados del edicto del Emperador, salieron de la fortaleza a medianoche con sus cautivos cristianos y un botín muy grande, y así los soldados peregrinos que habían sido encerrados y sitiados por los impíos (turcos) fueron liberados ...

**9. Los bizantinos salvan a Pedro el Ermitaño: La versión de Anna Comnena**

Pero confiando en la multitud de los que le seguían, Pedro no hizo caso de la advertencia y, tras cruzar el estrecho, acampó en una pequeña ciudad llamada Helenópolis. Pero como en su ejército había también normandos, estimados en unos diez mil hombres, éstos, separándose del resto del cuerpo, devastaron la región que rodeaba la ciudad de Nicea, amotinándose de la manera más cruel. A algunos de los niños los despedazaban miembro por miembro y, a otros, atravesándolos con estacas de madera, los asaban en el fuego; asimismo, a los ancianos les infligían todo tipo de torturas. Los habitantes de la ciudad, al ver lo que hacían, abrieron las puertas y salieron contra ellos. Como resultado, se produjo una feroz batalla en la que, dado que los normandos lucharon ferozmente, los ciudadanos fueron arrojados de vuelta a la fortaleza. Los normandos, tras recoger todo el botín, regresaron de nuevo a Helenópolis. Allí surgió una disputa entre ellos y los otros peregrinos que no se habían ido con ellos, cosa que suele ocurrir en un asunto de este tipo, la envidia inflama la ira de los que se quedan atrás, y una pelea desenfrenada siguió a la disputa. Los feroces normandos volvieron a separarse de los demás y capturaron Xerogord en su camino al primer ataque.

Cuando esto se supo, el sultán envió a Elchanes contra ellos con un número adecuado de tropas. Cuando llegó hasta ellos, recapturó a Xerogord, mató a espada a algunos de los normandos y se llevó al resto como cautivos, planeando al mismo tiempo un ataque contra los que se habían quedado con Kuku-Peter. Y tendió emboscadas en lugares oportunos en las que, cuando partieran hacia Nicea, caerían inesperadamente y serían asesinados. Pero conociendo también la avaricia de los galos, había convocado a dos hombres de espíritu audaz y les había ordenado que fueran al campamento de Kuku-Peter para anunciar que los normandos habían capturado Nicea y la estaban saqueando al máximo. Esta noticia, llevada al campamento de Pedro, excitó violentamente a todos, pues al oír la mención de saqueos y riquezas, salieron inmediatamente en tumulto por el camino que conduce a Nicea, olvidando su formación militar y la observancia de la disciplina al salir a la batalla.

Porque los latinos no sólo son muy aficionados a las riquezas, como dijimos antes, sino que cuando se entregan a asaltar cualquier región en busca de botín, ya no obedecen a la razón ni a ningún otro control. Por consiguiente, como no mantenían el orden ni formaban en líneas, cayeron en la emboscada de los turcos alrededor de Draco y fueron desgraciadamente despedazados. En efecto, fue tan grande la multitud de galos y normandos abatidos por la espada ismaelita, que cuando se juntaron los cadáveres de los muertos, que yacían por todas partes en el lugar, formaron un montículo, o colina, o mirador muy grande, alto como una montaña, y que ocupaba un espacio muy conspicuo por su anchura y profundidad. Tan alto se elevaba aquel montículo de huesos, que algunos bárbaros de la misma raza que los asesinados utilizaron más tarde los huesos de los muertos en lugar de piedras para construir un muro, convirtiendo así aquella fortaleza en una especie de sepulcro para ellos. Hasta el día de hoy sigue en pie, un recinto de murallas construidas con una mezcla de rocas y huesos.

Y así, después de que todos habían sido aniquilados en la matanza, Pedro regresó con sólo unos pocos a Helenópolis. Los turcos, en su deseo de tenerlo en su poder, volvieron a tenderle una emboscada. Pero cuando el Emperador se enteró de todo el asunto y supo lo grande que había sido la matanza de hombres, le pareció muy mal que Pedro también fuera apresado. Inmediatamente, por lo tanto, llamó a Catacalon Constantino Euforbenus, de quien se ha hecho mención a menudo en esta historia, y lo envió con las fuerzas adecuadas en barcos de guerra a través del mar para socorrer a Pedro ...